

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

AGOSTO-SEPTIEMBRE
2026

EJEMPLAR GRATUITO





Revista *Por escrito* te invita a sus talleres y cursos:

**CURSO DE
APRECIACIÓN
LITERARIA**

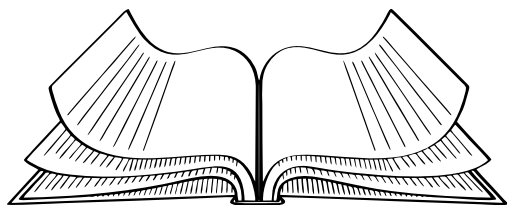
**TALLER DE
ESCRITURA
CREATIVA**

**CURSO DE
ANTROPOLOGÍA
LITERARIA**

**TALLER DE
LECTURA**

Para más información escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.ORG



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 63

www.porescrito.org

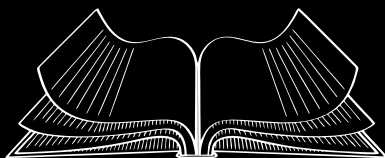




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

<i>Siempre volveré al río</i> Patricia J. Dorantes	7
<i>Desde mi ventana</i> Francisco Hernández.....	8
<i>Maromas y cascadas</i> Renée Neme	9
<i>Bosque encantado</i> Vinocontinta.....	10
<i>Sementera</i> Francisco Álvarez Koki	11
<i>Nómina</i> Manuel Carreón	12

FIRMAS

<i>Un resorterazo</i> Cecilia Durán Mena	14
<i>Rostros en las piedras</i> Andrea Fischer	18
<i>Apología de la lectura</i> Fernando Montoya	23
... Itzayana San Germán Cecaña	29

IMAGINARIO

<i>Saltar de un puente es la sensación de volver a vivir</i> Diego Estevez salto B.A.S.E Jess MR	32
<i>Aprender a vivir</i> Paracaidista Diego Estevez Jess MR	33

<i>Sin título</i>	
Santiago Hoyos	34
<i>Sin título</i>	
Santiago Hoyos	34
<i>Pistilo de cráter</i>	
<i>Estudiantes de 5° año de la licenciatura en danza contemporánea generación 2020-2025</i>	
<i>Funciones de graduación de la Escuela Nacional de Danza Clásica y Contemporánea</i>	
Itzayana SGC	35
<i>Yo no fui</i>	
Ignacio Navarro	36
<i>Escondite al aire</i>	
Itzayana SGC	37
<i>Un buen baño</i>	
Reyna Hernández Santiago	38
<i>En esta vida nos tocó coincidir y ser incondicionales</i>	
Mi amigo peludo Coby Revelo	
Jess MR.....	39
<i>Cucarachas hasta en la sopa</i>	
Ignacio Navarro	40

VOCES

<i>A lo mejor luego</i>	
David Israel Martínez Hernández	41
<i>Réquiem Ætérnam Pro Ignoti</i>	
Atzin Paredes Linares	45
<i>Viaje redondo</i>	
Mayra Murillo	47
<i>Por quién suenan las cazuelas</i>	
Myriam Álvarez Pérez	49
<i>Cuando el lirio se propaga</i>	
Luis Antonio Pulido	50
<i>Te maté</i>	
Montserrat López Ramírez	56

PALABREJA

Palabreja.....	58
----------------	----

Hablando por escrito

Escribir no es un acto inocente. Cualquiera que eleve la pluma u oprima una tecla tiene algo en la mente o en el alma que quiere expresar. Si un niño toma un lápiz para hacer palos y bolitas quiere aprender; si un estudiante hace una tarea, busca demostrar que aprendió; si un científico elabora un reporte, está explorando si sus ideas funcionan o no; si un empresario hace un reporte, quiere comprobar si su negocio resultó o falló, pero cuando un escritor se enfrenta a una hoja en blanco está buscando una respuesta y tiene —lo sepa o no— una intención estética.

Se engendra la inquietud, se ilumina la inspiración o se escucha la voz de la musa, no importa cuál sea el primer paso, lo que importa es que el que se atreve a ponerlo *Por Escrito* tiene valor. Empieza el camino de elegir la palabra correcta, de darle flujo a la intuición y de ponerle atención al furor de la escritura. Vamos detrás de esa intuición y cada letra es un paso que nos acerca al punto final.

Pero, ahí no termina la cosa. Para que la escritura no sea palabra en agua —que se seque y se evapore— hay que hacer dos cosas: una corregir y corregir, quitar ripios, llenar espacios en blanco, reorganizar lo que no está en el lugar correcto, tachar lo que ya no quedó bien y en muchos casos, reconstruir desde cero para que se logre alcanzar aquella intención estética a la que se aspira desde el principio. Lo segundo es publicar. No queremos que nuestros escritos se vaporicen.

En *Pretextos Literarios Por Escrito* sabemos la potencia de la letra publicada: esa es nuestra vocación. Un texto que no se publica se muere y termina hecho cenizas, uno que tiene la suerte de salir a la luz y llegar a un lector se convierte en una narrativa eficaz, una narrativa que materializa la complejidad en una imagen clara, fácil de recordar porque emociona y trasciende. Y entonces ocurre algo decisivo: la palabra termina infiltrándose. Se vuelve espejo, unas veces fiel y otras deformante que, con el tiempo, puede llegar a aceptarse como verdadero; porque la tinta hace lo que la espada no puede: viajar más lejos, durar más tiempo, instalarse en la imaginación. Y una vez ahí, ya no importa del todo si el relato es exacto. Importa que funciona, porque, como toda gran historia termina siendo creída. Incluso por quienes nunca la vivieron.

Por esta razón, la escritura nunca es un acto inocente. La escritura es un medio de provocación, queremos iluminar algo en nuestros lectores; es una forma de seducción, los persuadimos para que sientan algo. Escribir es una manera de encandilar, de llevarnos a un estado alterno de conciencia en el que podemos estar en dos espacios a la vez: en algún lugar leyendo algo y también acompañando a los personajes donde quiera que se encuentren.

Para que lo que ha quedado por escrito se solidifique, para que vuele de la mente y alma del escritor y llegue a las del lector, para que la emoción se albergue en esos corazones y forje recuerdos; para que la impresión estética se condense y se fortalezca; para enriquecer nuestras experiencias, para ello está Pretextos Literarios Por Escrito.

¿Qué hay de inocente en ello?

La editora general

Siempre volveré al río

Patricia J. Dorantes

Siempre volveré al río,
donde el silencio aprende a cantar;
sus aguas conocen los nombres
que el tiempo no pudo borrar.

Corre sin miedo al invierno,
ni al peso de la oscuridad;
abrazas la piedra más dura
con la fuerza de su humildad.

En cada curva del cauce
renace una vieja verdad:
todo cambia mientras avanza,
todo encuentra su lugar.

El río jamás se detiene,
ni deja de soñar con el mar;
su corriente vence al olvido
sin necesidad de luchar.

Siempre volveré al río,
porque en su eterno fluir
descansa la certeza sencilla
de que vivir es seguir.



Desde mi ventana

Francisco Hernández

Desde mi ventana la noche
no es más que un incesante
ladrar de perros; una monotonía
de exiguas herrerías, de caprichosos
grillos en la espesura; una retahíla
de voces enlodadas, evanescentes,
incomprensibles; una miríada
de luces lejanas, centelleantes,
que resguardan las memorias y los sueños.

Desde mi ventana la noche
no es más que un himno somnoliento
de deseos mudos e imposibles;
un abismo que primero me consuela
y luego me devora... Una búsqueda
hecha pedazos, como un espejo roto,
que se arrastra por el suelo buscándose
a sí misma; una llave de cenizas
que no puede abrir ninguna puerta.

Desde mi ventana la noche
no es más que un estadio
del alma; un umbral del sosiego,
de lo desconocido, de lo luminoso.

Maromas y cascadas

Renée Neme

Entonces la primera lágrima salió de mi ojo izquierdo y el derecho lo siguió.

Se dejaron caer las cascadas esas que se hacen llamar
“tú ya no estás aquí”.

Lloré por mí como un recién nacido: las cascadas inundaron el hospital.

Lloré por ti como un niño perdido sin su madre: las cascadas inundaron el supermercado.

Tonta fui tratando de borrarle de mi mente todo este tiempo y tú regresando como un gato con hambre.

Entonces ya no lloré, jugué: maromas los miércoles, resbaladilla los jueves, pasamanos los lunes y escondidillas los domingos.

Viernes, martes y sábados descansé.

Sigues en mi mente, no te he secado.

Pero sigo sintiendo las rodillas raspadas en el pavimento con chorros de agua oxigenada que no se han podido curar.

Esas también son cascadas.



Ilustración por Elie

Bosque encantado

Vinocontinta

Casta agonía
tallada en tinieblas,
donde el cielo se escapa
y se tejen
raíces ingratas.

Hoy, el corazón busca asilo
y una pizca de insignificancia,
ser menos,
apenas polvo,
donde el olvido
es un abrigo sin nombre
y un par de líneas cinceladas.

Me llaman
el Sauce Llorón de Babilonia,
un llanto sin orilla,
un habitante concurrido,
un ser en afluente utopía.
Y si he de llorar,
que sea ahí,
desbordando el cauce,
donde nadie distinga,
donde el río insista
y el alma muera.

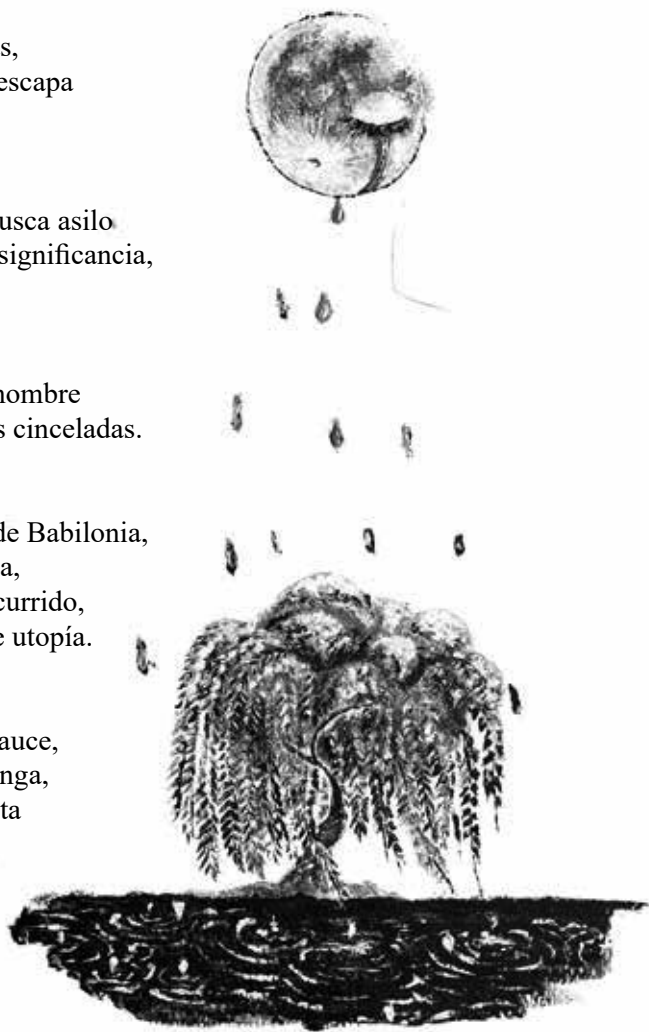


Ilustración por A.T.G.

Sementera

Francisco Álvarez Koki

Me gusta cuando siembras
mi cuerpo de esperanzas
y me gusta cuando callas
tus dulces palabras,
cuando huelo tus flores
que en mi estudio tiemblan
con el viento de mis suspiros
que buscan tus labios.
Todos los papeles, todos, esperan la mirada
de cuando lees mis versos
con ansia callada.
Tus flores me hablan de ti
y alegran mi estancia
porque ellas conservan tus besos
y nuestras palabras.

Nómina

Manuel Carreón

Festejen, burócratas.
Dos días de felicidad al mes
es su garantía
para el lunes volver
a los teclados sucios
al café insípido
al saludo hipócrita...
a maldecir el metro
a odiar en secreto
a las reuniones innecesarias...

Festejen, burócratas,
es quincena.





CURSO DE

ANTROPOLOGÍA LITERARIA

Para más información escribenos:

contacto@porescrito.org



Un resorterazo

Cecilia Durán Mena

Si alguien pregunta, ¿confías en mí?, mala tarde. Eso significa que quien cuestiona detectó una chispa de desconfianza y, la verdad sea dicha, por algo se encienden las alertas. Debíáramos hacer más caso a nuestros instintos que a ChatGPT o a GeminiAI.

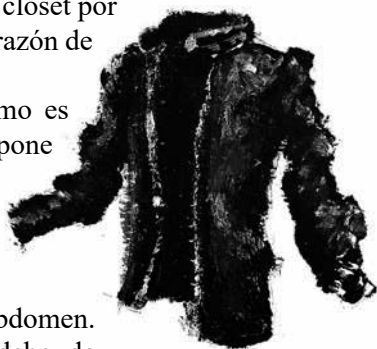
Era el fin de la primavera, de una primavera pegajosa de esas que como cada año decimos, hizo más calor que el anterior. Había estado solo por quince días porque mi esposa había viajado a París por cuestiones de trabajo, así que me encontraba en total libertad para caminar por las calles de la Ciudad de México, visitar museos, sentarme en alguno de sus numerosos parques, tomar café en alguna terraza. En fin, gozar mi libertad.

¿Qué hice? Sentarme a ver series sin parar hasta quererme sacar los ojos de aburrimiento. Me olvidé de la rasuradora por algunos días y debo confesar que tampoco entré a la regadera por otros cuantos. Así que, al regresar mi esposa de París, ella estaría llena de historias maravillosas, me contaría sus aventuras en territorio francés, de los restaurantes deliciosos en los que se sentó a comer y las espléndidas vistas que contempló; y yo ni siquiera podría narrarle que fui a disfrutar una mañana primaveral con nubes blancas flotando como crespones en el cielo, ni mis aventuras por las calles de San Ángel porque no me atreví a salir de casa. En fin, tendría que darle cuenta de mis cuitas interiores en tono sentimental. Mejor no. Pero ¿quién diría que le tendría preparada una historia que preferiría no haberle tenido que contar?

Cada espera marca una ilusión en forma espesa. Quería que regresara a platicarme cómo le había ido y que sus andanzas parisinas volvieran a llenar de flores y frutos esta casa que sin ella se apaga. Aunque cada espera marca también un miedo: que el espacio no vuelva a llenarse con su perfume, con sus risas, con sus reclamos y sus malos humores. Porque, aunque parezca increíble, hacen falta. Así, para no estarme lamiendo heridas autoinfligidas, decidí salir al jardín a hablar un rato con la higuera. Saqué una

chamarra polvosa que he guardado en el clóset por años, esa que no he usado por la simple razón de que a ella no le gusta, aunque a mí sí.

Ese fue mi acto de rebeldía. Como es de esperarse, me salió mal. ¿Quién se pone una chamarra de piel con estoperoles en pleno mes de abril? Lo hice porque sí, sin pensar en que no me cierra porque ha pasado el tiempo y se han quedado los kilos acumulados en el diámetro del abdomen. Luché para entrar en la chamarra y debo de admitir que el tufo a encierro se parecía mucho al de los orines de todos los gatos que hemos tenido a lo largo del matrimonio.



Sería mejor que me despidiera de ella, de la chamarra, claro está. Le conté a la higuera que en esta ciudad de más de diez millones de habitantes me siento raro. Solo. Aislado. Un pájaro carpintero decidió ignorar mi presencia y con gran arrojo empezó a picar el único higo que había protegido con tanto afán para dárselo a ella cuando llegara. Corrí a buscar la resortera que Erick, el odioso hijo de la amiga de mi esposa, dejó olvidada en su última visita a la casa y que jamás regresó por ella. No le atiné. El carpintero voló antes de que la piedra llegara a su destino y el higo estalló en mil pedazos.

Azoté la resortera contra el suelo. Me quité con mil trabajos la estúpida chamarra que por lo apretada, me quitó puntería. La odié —la iba a odiar más—. La odié con toda la pasión con la que la había amado. Salté sobre ella que había quedado en la tierra del jardín y me metí a la casa, dando azotones de puerta. Entré a la cocina y me preparé un café. De inmediato, sentí remordimiento y fui a recoger mi pobre chamarra. Ya no estaba donde la dejé. Se empezaron a tejer hipótesis en mi cabeza. Era claro que la chamarra no le salieron patas y salió corriendo. Llegué a sospechar que jamás la saqué del clóset ni la maltraté, ¿me guardará rencor por haberla pisoteado? Lo que tampoco encontré fue la resortera.

Arrastré los pies y me senté un buen rato en las sillas del jardín



a pensar en las posibilidades de la chamarra y la resortera. Me ganó el aburrimiento y entré en un sueño tan profundo que ni cuenta me di a qué hora se oscureció. Mientras abría y cerraba los ojos para despertar y salir de la ensoñación, escuché lo que creí que era el picoteo del pájaro carpintero. Me levanté como si dos resortes se hubieran accionado para ponerme de pie. El pájaro no estaba y el sonido seguía. El sonido venía de más allá de mi jardín; llegaba desde la casa del vecino.

Aparté las hojas de los helechos y del trueno que la hacen de barda perimetral entre las propiedades. Vi a una chica que lanzaba piedritas con la resortera a la ventana central del segundo piso. La hija de en medio salió por el balcón. Me hice bolita para que no me descubrieran espiando. Baja, le pedía. Baja y vámonos. Es que no me dieron permiso. No importa. Baja, antes de que se nos haga tarde. ¿Qué no me tienes confianza?

Afoqué bien la vista y casi me voy de espaldas: la chica de los resorterazos traía puesta mi chamarra. Y, efectivamente, era la resortera de Erick. Me apoyé en el tronco de la higuera para asomarme mejor y verificar lo que mis ojos ya me informaban. Sí. Eran mis cosas, bueno la resortera es de Erick. La hija de mi vecina salió por la puerta trasera y con gran sigilo se aproximó a la chica que llevaba puesta mi chamarra. No había duda de que era la mía. Quise reclamar que me la devolvieran —ojalá lo hubiera hecho—, pero me dio pena que descubrieran que las estaba espiando.

Confía en mí, le decía la ladrona, porque de que me había robado, me había robado. Así que no exagero al denominarla de esa forma. La lámpara que ilumina la casa de al lado detectó movimiento y se encendió. Ya no había espacio para la imprecisión: esa era mi chamarra. La hija de mi vecina dudaba, pero de que estaba preparada para salir de casa, estaba. Iba con una minifalda de mezclilla, una blusita roja de tirantitos bordada con brillitos y los labios pintados de rosa fosforescente. La ladrona era una chica con melena negra alborotada y tenía un septril en la punta de la nariz y salía por debajo del cartílago nasal. Le debió

haber dolido cuando la perforaron. Eran dos conos puntiagudos idénticos a los estoperoles de mi chamarra. Llevaba uñas negras tan largas que parecían las garras de un puma. Sacó una bolsita de plástico con polvos blancos. Ven, te va a gustar.

¿Qué no me tienes confianza? Si no me tienes confianza, me voy. El cuerpo de la hija de mi vecina tembló como las hojas de mi higuera cuando llueve. No te vayas, le dijo con un susurro que casi no alcancé a escuchar. Bueno, me quedo, pero solo si me tienes confianza. Sí, sí quédate. Ahorita nos vamos. ¿Qué, no quieres ir? Sí, sí quiero. Quiero ir. Bueno, pues, vamos.

La hija de mi vecina parecía estar enraizada en el lugar, no se movía. ¿Qué no me tienes confianza? No me tienes, ¿verdad? Qué sí, que sí te tengo confianza. Demuéstrame que me tienes confianza de a deveras. Toma. La ladrona usó la uña del dedo meñique como cucharita, la metió en la bolsita de plástico y se la acercó a la nariz de la hija de mi vecina, le pidió que inhalara, luego que abriera la boca y le frotó algo en las encías.

El cuerpo de la hija de mi vecina se desplomó. Antes de salir corriendo, la ladrona se quitó la chamarra y la aventó encima de la chica inconsciente. También colocó la resortera a un lado y dejó la bolsita vacía sobre la resortera. En un tris, trepó por los matorrales del trueno como si fuera un gato, entró a mi jardín y huyó por la puerta de atrás de mi casa. Esa que mi esposa me pide que cierre con llave y que yo por flojera dejo abierta.

Ahora sí que tengo una historia que contarle a mi mujer ahora que regrese de París. La misma que tuve que contarle al Ministerio Público para justificar por qué encontraron mi chamarra y la resortera de Erik sobre el cuerpo de la hija de mi vecina. Espero que ella sí confié en mí y sepa que le estoy diciendo la verdad. Eso espero, porque ella sabe que, hace mil años que no uso esa chamarra, que la resortera no es mía sino del hijo de su amiga que dejó olvidada en la casa. Porque no veo muy convencido al agente del Ministerio Público de que un resorterazo me haya despertado y me haya permitido ser testigo de un crimen.



Ilustración por A.T.G.

Rostros en las piedras

Andrea Fischer

Uno

La niña me dijo que veía rostros en las piedras. Pasé por ella a la escuela que está en la zona de roca volcánica de Coyoacán, al sur de la capital. Estacioné el coche en una calle empinada. Conforme subíamos la calle, flanqueada por muros naturales de piedra volcánica y un camellón frondoso, empezó a adivinar gestos en el pavimento, las piedras, las nubes. Incluso, a veces, en los nudos de los árboles. Tenía diez años.

Dos

Llegamos a casa a eso de las dos y media de la tarde. La señora Esmeralda había dejado todo preparado desde antes, porque los martes solo trabaja en las mañanas, y solo me tocaba calentar la comida. ¿Qué hizo Esme hoy, papá? Ahorita vemos, chaparrita. Y se fue corriendo al jardín.

En el refrigerador, nos esperaban milanesas empanizadas y papas con salsa inglesa para acompañar. Encendí la estufa, puse a calentar la sartén, prendí la radio. No me gusta el ruido blanco. Necesito algo en el fondo, además de los pasitos de la niña jugando en el patio.

Tres

No tardé mucho. Todo estaba listo antes de las tres. La llamé a la cocina para que me ayudara a poner la mesa, pero traía las manos llenas de tierra. Le pedí que se las lavara bien, tallando entre los dedos y las uñas. Asintió rápido y desapareció con pasos cortos en el recibidor. Me di cuenta de que ya me llega a la cintura.

En dos minutos ya estaba de regreso. Puso la mesa, sacó hielos del congelador y dio gracias. Aprendió eso de su abuela, porque en casa no seguimos ninguna creencia. Pero no la detengo. No le hace daño.

Comimos y me contó de la escuela. Que los exámenes, que las

amistades. Cualquier cosa. Le pregunté que cómo se llamaban sus amigas de este año. Se paró rápido y salió corriendo a la puerta. Regresó emocionada. En la mesa, enfiló tres piedras: Margarita, Petronila y Augusta, en orden de importancia. Dice que les habla y que la escuchan. No insistí más.

Cuatro

No fue la única vez. En más de una ocasión, los fines de semana la escuchaba hablar con gente en su cuarto. Asumí sencillamente que platicaba con sus amistades para hablar de la tarea. Por teléfono, por mensajes, yo qué sé. Pero ahora que lo pienso, en realidad nunca escuché que nadie le respondiera. Asumí que quizás era la brecha generacional. Se oía muy real. Tal vez, para ella lo era.

Una mañana, después del día de las tres piedras, decidí entrar a su cuarto. Quería confirmar que todo estuviera bien. Ella estaba ahí, acostada en su cama boca abajo, colgando los pies del lado largo del colchón. Traía aún la pijama. Era sábado. Le pregunté que qué quería hacer hoy. Podríamos ir a Coyoacán por un helado, o a caminar a Viveros, que tanto le gustaba. Le emocionó la idea, pero me dijo que primero quería arreglar unas cosas.

Le di espacio después de acordar que saldríamos a las diez y media. Me bañé, me vestí, y escuché murmullos similares en su cuarto. Ruidos de casa, vaya, nada extraño. Mientras terminaba de hacer la cama, escuché sus pasitos bajando con prisa al recibidor. ¡Ya estoy lista! ¡Ya estoy lista! Luego, el cómo se abría y se cerraba la puerta. Sonreí. Siempre le emocionaban estas salidas. A mí también.

Antes de bajar las escaleras, algo se me torsió en el estómago. Dejó la puerta entreabierta y, aunque sabía que no tengo que entrar cuando ella no está, me ganó el impulso. Abrí la puerta con cuidado, como si alguien me estuviera esperando del otro lado. El cuarto estaba vacío. Me asomé al vestidor. Nada. Revisé el clóset. Solo ropa. ¿En el baño? Había toallas usadas en el piso, pero nada más. Las recogí para colgarlas. ¿Ya nos vamos?, la escuché gritar desde el estacionamiento. ¡Voy!, le contesté. Justo cuando iba a incorporarme, algo me atrapó la mirada: al

ras del piso, debajo de su cama, había una manta perfectamente colocada. Dejé las toallas en su lugar y quité la cobija. Abajo, decenas de piedras enfiladas me devolvieron la mirada, con ojos saltones de juguete. La manta estaba manchada con kola-loka.

Cinco

Me preocupé cuando me llamaron de la escuela.

Recibí la llamada de la psicóloga un lunes por la mañana, porque sabe que trabajo desde casa. Me pidió que agendáramos una cita urgente, porque necesitaba hablar conmigo sobre unas preocupaciones que tenía sobre el comportamiento de la niña. Le pregunté que si había pasado algo, que si ella estaba bien. Me dijo que sí, pero no pudo esconder cierta reserva en su tono. Le dije que vivíamos cerca y que podía verla hoy mismo. Me dijo que estaba disponible a las once. Llegué media hora antes.

Me hicieron esperar en la sala de la dirección. Ya se me había olvidado lo grande que era la escuela. Recuerdo que justo por eso la inscribimos; antes de que todo pasara. Podría quedarse ahí desde el kinder hasta que acabara la prepa. Algo de estabilidad y estructura le vendría bien. Eso pensamos. Luego Edna se fue. De eso van siete años.

La psicóloga detuvo mi tren de pensamientos. Señor García, buen día. Acompañeme, por favor, solicitó tajante. Parecía que tenía prisa, pero bien podría solo ser la parálisis legendaria que le congelaba la mitad del rostro, de la que cuchicheaban otras madres de familia. Era real. Me dio la espalda y me pidió que la siguiera hasta su oficina. Me di cuenta de que tenía la espalda desviada, el hombro derecho notablemente más arriba que el izquierdo. Cuando vi su escritorio —diminuto, enjuto, desalineado— pensé que su postura se debía a que pasaba muchas horas sentada ahí.

Antes de hablar de la niña, me preguntó por nuestra situación familiar. Si pasábamos tiempo *de calidad* (lo enfatizó) en conjunto, si profesábamos alguna religión *diferente* (otra vez lo enfatizó), que si le ponía límites. Le dije que nada de eso era necesario: yo la consideraba una niña feliz y funcional. Apuntó

un par de cosas en una libreta. No pudo evitar preguntarme sobre la partida de Edna. ¿Todo se lo habremos de atribuir a la partida de su madre? Siento que es darle demasiado crédito, le dije, y se me escapó una risita. No le pareció chistoso.

Seis

Sí, Edna se fue. Y sí, me quedé solo con la niña. El embarazo era algo que queríamos los dos y que nos esforzamos en conseguir. No se pudo. Intentamos un *in vitro*. Perdió a los gemelos. Nos fuimos por una surrogada. Y funcionó. Le pagamos sus honorarios y se fue. Naturalmente, nunca supimos más de ella. Cuando terminó la lactancia, que tuvimos que hacer con fórmula, Edna decidió pasar un tiempo con sus padres en la playa. Mi mamá y yo nos quedamos con la niña. Pasó un mes, dos. Edna cambió sus números y sus padres vendieron la casa de México. Al año, me rendí. La niña y yo estábamos felices cosechando pasos juntos.

No le dije nada de eso. Cuando me preguntó que qué había pasado en casa después de la muerte de Edna, le dije que no estaba muerta. Solo había decidido irse. Y yo me hice cargo. Me preguntó si la niña la extrañaba. Le dije que no la recuerda. Y que mejor así. Si ella iba a ser tajante, yo también iba a serlo. Asintió y volvió a apuntar cosas en su cuaderno. Se detuvo.

Señor García, ¿ha notado algo extraño en el comportamiento de su hija recientemente? No, le mentí. ¿Por qué lo dice? Y me lo mostró. Me dijo que la niña había estado cortándole mechones de pelo a sus compañeras. Primero lo hacía discretamente, sin que se dieran cuenta. Con el tiempo, agarró confianza y, justo ayer, le cortó a alguien una trenza completa. ¡Una compañera pelirroja, señor García! Suspiró. La miré con incredulidad. Aunque eso ya sería suficiente para expulsarla, me dijo lento, muy lento, como si escogiera sus palabras, eso no es lo más inquietante. ¿A qué se refiere, maestra?

Me explicó que otras maestras habían tenido problemas para mantenerla atenta en clase. Particularmente la de Español, que no

lograba que se mantuviera concentrada. Intentamos hablar con la de Artes, me explicó, porque parece que es muy buena con las manualidades. Se detuvo. Alcanzó un cajón por debajo del escritorio y sacó una caja de cartón. Esto fue lo que nos mostró, me dijo, casi susurrando. Empujó la caja en mi dirección y me invitó a abrirla. Por favor, gesticuló.

Una vez más, sentí que algo se me torsía en el estómago. Abrí la caja y ahí, enfiladas, estaban Margarita, Petronila y Augusta. Otra vez, en orden de importancia. Ahora, también, con ojos danzarines de plástico. Y cada una con una peluca. Una güera; otra, castaña; la última, pelirroja. Evidentemente, estaban peinadas con pelo real.



Ilustración por Brenda Terán

Apología de la lectura

Fernando Montoya

*Quien no lee, a los 70 años habrá vivido una sola vida: ¡la propia!
Quien lee habrá vivido 5.000 años: estaba cuando Caín mató a Abel,
cuando Renzo se casó con Lucía, cuando Leopardi admiraba el
infinito... porque la lectura es la inmortalidad hacia atrás.*

Umberto Eco, “Por qué los libros prolongan la vida”, La bustina di
Minerva en *L'Espresso*. 1991.

I. El último lector

¿Qué significa hoy ser lector?

La pregunta parece trivial hasta que se observa con detenimiento el comportamiento cotidiano de cualquiera de nosotros. Despertamos y el teléfono ya nos espera con una fila interminable de notificaciones. Incluso antes de abandonar la cama, nuestra atención ha sido reclamada por titulares, mensajes, videos de treinta segundos, recomendaciones personalizadas y una sucesión infinita de imágenes cuidadosamente diseñadas para impedir que apartemos el dedo de la pantalla. Nunca habíamos tenido tanto acceso a la información; quizá tampoco habíamos dispuesto de tan poco tiempo para pensar en ella.

El filósofo francés Blaise Pascal escribió que “toda la desgracia de los hombres proviene de una sola cosa: no saber permanecer quietos en una habitación” (*Pensamientos*, 1670). Tres siglos y medio después, aquella observación adquiere una dimensión inesperada. El problema ya no consiste únicamente en abandonar la habitación, sino en impedir que la habitación permanezca en silencio. Incluso cuando estamos solos, cientos de voces atraviesan la pantalla reclamando nuestra atención. La soledad, condición indispensable para la lectura profunda, comienza a convertirse en una experiencia excepcional.

La filósofa francesa Simone Weil llevó esta intuición todavía más lejos al afirmar que la atención constituye la forma más rara y pura de generosidad. En *Reflexiones sobre el buen uso de los estudios escolares con vistas al amor de Dios* (1942) sostenía que aprender a concentrarse era una disposición ética hacia el mundo y hacia los demás. Bajo esta perspectiva, leer deja de ser un ejercicio de acumulación de conocimientos para convertirse en un acto de hospitalidad: durante unas

horas aceptamos que otra inteligencia habite nuestra conciencia sin la ansiedad permanente de responder, producir o interrumpir.

Hoy ocurre exactamente lo contrario. La arquitectura de plataformas como TikTok ha invertido la lógica tradicional del conocimiento. Ya no somos nosotros quienes buscamos una idea; es la idea (seleccionada previamente por un algoritmo) la que sale a nuestro encuentro. Cada deslizamiento del dedo desencadena una nueva secuencia de estímulos diseñada para reducir al mínimo cualquier intervalo de espera. La atención deja de ser una facultad cultivada para convertirse en un recurso económico administrado por sistemas de recomendación cuyo objetivo no es ampliar nuestra comprensión del mundo, sino prolongar nuestra permanencia frente a la pantalla.

El filósofo surcoreano Byung-Chul Han sostiene que la sociedad contemporánea ya no se organiza alrededor de la disciplina, sino de la sobreestimulación permanente (*La sociedad del cansancio*, 2010). El exceso de información produce una paradoja inquietante: cuanto más contenidos consumimos, menos capaces somos de construir una experiencia significativa con ellos.

Quizá por ello resulte necesario formular una pregunta distinta. No deberíamos preguntarnos cuántos libros se venden cada año ni cuántos jóvenes siguen leyendo novelas. La verdadera interrogante es otra: ¿qué clase de ser humano puede todavía permanecer varias horas dentro de un mismo libro sin sentir la necesidad de consultar una pantalla?

II. El imperio del algoritmo

Nunca antes la humanidad había construido una maquinaria tan sofisticada para administrar la atención. Las antiguas bibliotecas clasificaban los libros; las plataformas digitales clasifican a los lectores. La diferencia parece menor, pero modifica radicalmente la experiencia del conocimiento. Una biblioteca organiza el mundo para que el individuo lo explore; un algoritmo organiza al individuo para que el mercado pueda explorarlo.

El escritor estadounidense Nicholas Carr advirtió hace algunos años que el internet no estaba modificando únicamente nuestros hábitos de consulta, sino la arquitectura misma del pensamiento. En *The Shallows: What the Internet Is Doing to Our Brains* (2010), Carr sostiene que el cerebro termina adaptándose a los entornos que frecuenta. Un medio construido para la interrupción permanente produce una mente habituada a interrumpirse. No dejamos de leer porque hayamos perdido

interés por los libros; dejamos de leer porque nuestra atención ha aprendido otra gramática.

Desde la neurociencia, Maryanne Wolf ha descrito una preocupación semejante. En *Reader, Come Home* (2018) advierte que el cerebro lector constituye una construcción cultural extraordinariamente frágil. La lectura profunda desarrolla circuitos neuronales asociados con la empatía, el pensamiento crítico y la capacidad de inferencia; sin embargo, esos mismos circuitos pueden debilitarse cuando la exposición constante a entornos digitales privilegia la velocidad sobre la reflexión.

La lectura profunda exige una forma particular de disciplina cognitiva. Cada página obliga a sostener una conversación prolongada con una idea, incluso cuando esta se vuelve difícil, ambigua o contradictoria. La recompensa nunca es inmediata. Una novela no revela su sentido en el primer capítulo; un tratado filosófico no entrega sus conclusiones después del segundo párrafo. Todo libro importante exige paciencia antes de ofrecer comprensión.

Sin embargo, pocas experiencias han resultado tan fecundas para la cultura como el aburrimiento. Las grandes ideas rara vez surgieron en medio del ruido. Nacieron durante largas caminatas, en bibliotecas silenciosas, frente a un escritorio vacío o mientras una persona permanecía varias horas acompañando la voz de un autor. La imaginación necesita intervalos. El pensamiento requiere lentitud. Incluso la creatividad depende, en buena medida, de esos momentos donde aparentemente no sucede nada.

Quizá por ello la plataforma más representativa de nuestra época no sea una biblioteca digital, sino un flujo infinito de imágenes que desaparecen apenas aparecen otras nuevas. Cada video nace condenado por el siguiente. Cada tendencia existe únicamente hasta que el algoritmo decide reemplazarla. La cultura deja entonces de acumularse como una conversación entre generaciones para comportarse como una corriente de acontecimientos instantáneos donde casi nada permanece el tiempo suficiente para transformarse en experiencia.

El sociólogo canadiense Marshall McLuhan escribió que todo medio de comunicación modifica la escala, el ritmo y los patrones de la vida humana (*Comprender los medios de comunicación: las extensiones del ser humano*, 1964). La frase suele citarse para explicar el impacto de la televisión o de Internet, pero quizá encuentre hoy su expresión más radical. TikTok no ha cambiado únicamente la forma en que consumimos entretenimiento; ha alterado nuestra relación con el tiempo. La duración deja de medirse en horas o días para fragmentarse

en secuencias de pocos segundos. Quizá ahí resida el último gesto de rebeldía de la lectura. Abrir un libro supone aceptar que, durante algunas horas, el algoritmo dejará de decidir qué pensamiento merece ocupar el siguiente instante de nuestra atención. En una época gobernada por la velocidad, leer continúa siendo el raro privilegio de demorarse.

III. La conspiración de los lectores

La historia de la lectura nunca ha sido únicamente la historia de los libros. También ha sido la historia de una disciplina interior. Leer supone aceptar que comprender requiere tiempo, que la inteligencia necesita demora y que algunas preguntas son demasiado complejas para resolverse en el espacio de un video de treinta segundos. Ninguna gran novela puede resumirse en una lista de consejos; ningún filósofo importante cabe dentro de un algoritmo de recomendaciones.

Tal vez por ello el escritor argentino Jorge Luis Borges imaginó el paraíso bajo la forma de una biblioteca. No porque los libros constituyeran un refugio contra la realidad, sino porque representan la posibilidad de conversar con inteligencias separadas de nosotros por siglos, idiomas y continentes. Abrir un libro de Michel de Montaigne, de Virginia Woolf o de Fiódor Dostoyevski significa abolir momentáneamente el tiempo para compartir una misma habitación con quienes jamás podremos conocer. Ninguna red social ha conseguido todavía semejante prodigio.

Marcel Proust comprendió como pocos esa paradoja. En *Sobre la lectura* (1905) escribió que los libros no sustituyen nuestra vida interior, sino que la despiertan. Lejos de imponer respuestas, una gran obra nos obliga a descubrir pensamientos que permanecían latentes en nosotros mismos. Cada libro abre una conversación que continúa mucho después de haber cerrado sus páginas.

Esta conversación silenciosa fue descrita con particular lucidez por Alberto Manguel. Para él, toda biblioteca es la autobiografía de un lector (*La biblioteca de noche*, 2007). Cada volumen adquirido, subrayado o conservado registra una etapa distinta de nuestra existencia intelectual. Las bibliotecas personales no acumulan papel; acumulan versiones de nosotros mismos. Basta observar los márgenes de un libro leído hace diez años para descubrir que quien escribió aquellas notas ya no existe del todo. El lector envejece, cambia de opinión, rectifica sus entusiasmos, pero el diálogo permanece detenido entre las páginas, esperando ser retomado.

No se trata de condenar las redes sociales. Sería absurdo ignorar que han democratizado el acceso a la información, permitido nuevas formas de creación y acercado bibliotecas enteras a millones de personas. Incluso han despertado la curiosidad por autores olvidados y han llevado a muchos jóvenes a comprar libros que de otro modo jamás habrían descubierto. El problema no reside en la existencia de estas herramientas, sino en la posibilidad de que terminemos aceptando como inevitable el régimen de velocidad que las gobierna.

Toda época ha construido sus propias máquinas de distracción. Hubo espectáculos públicos, folletines, radio, televisión y publicidad. Ninguna de ellas logró, sin embargo, penetrar con tanta eficacia en los espacios tradicionalmente reservados para el silencio. La diferencia decisiva no consiste en que hoy existan más imágenes, sino en que llevamos esas imágenes permanentemente en el bolsillo.

Resulta significativo que la gran novela fundacional de la literatura moderna naciera precisamente de un lector. Alonso Quijano perdió el juicio, según Cervantes, por leer demasiados libros de caballerías. Durante siglos, esa imagen alimentó la sospecha de que la lectura podía apartar a los hombres de la realidad. Cuatrocientos años después, la inquietud parece haberse invertido. Ya no tememos que una sociedad lea demasiado, sino que deje de leer lo suficiente como para distinguir entre la imaginación, la propaganda y el pensamiento propio.

Y, sin embargo, los lectores persisten. Son menos visibles porque la lectura no produce estridencia. Nadie registra el momento en que una persona pasa lentamente la página de una novela. Ningún algoritmo premia las horas dedicadas a comprender un ensayo. Leer no genera tendencias, apenas deja un leve movimiento sobre el papel. Quizá por eso los lectores forman una comunidad extraña: millones de individuos dispersos por el mundo que nunca se conocerán entre sí y que, sin embargo, comparten el mismo gesto silencioso de confiar varias horas de su vida a la voz de un desconocido.

Existe una antigua frase atribuida a Franz Kafka que afirma que un libro debe ser “el hacha para el mar helado que llevamos dentro” (citado en “Los libros nos cuidan” de Régine Detambel, 2015). La metáfora conserva intacta su fuerza porque recuerda la verdadera función de la lectura. Los libros nunca estuvieron destinados únicamente a informar. Fueron concebidos para alterar nuestra percepción del mundo, para introducir una duda donde antes existía una certeza o para obligarnos a mirar con otros ojos aquello que creíamos comprender.

Quizá el verdadero analfabetismo del siglo XXI no sea la incapacidad de descifrar palabras impresas. Tal vez consista en haber perdido la disposición para permanecer el tiempo suficiente frente a una idea hasta comprenderla plenamente. Sabemos leer; cada vez nos cuesta más habitar una lectura.

Por ello, la defensa del lector ya no puede limitarse a recomendar novelas o celebrar estadísticas editoriales. Defender la lectura implica proteger el derecho a la lentitud, al silencio y a la concentración en una época que ha convertido la atención en el recurso económico más disputado del planeta. Cada libro abierto suspende, aunque sea por unas horas, la lógica de la inmediatez. Cada biblioteca recuerda que existen conversaciones demasiado extensas para reducirlas a un titular. Cada lector demuestra que todavía es posible pensar a un ritmo distinto del que dictan los algoritmos.

Quizá esa sea la forma más discreta de resistencia que nos queda. No porque los libros vayan a salvar el mundo. El mundo ha sobrevivido durante siglos sin ellos y continuará haciéndolo. Lo que difícilmente sobrevivirá sin lectores será nuestra capacidad de detenernos, de dudar, de imaginar y de sostener una conversación con alguien que no piensa como nosotros. Cuando desaparezca esa conversación silenciosa entre un libro y quien lo abre, no habremos perdido únicamente un hábito cultural. Habremos perdido una forma de conciencia.



Ilustración por Brenda Terán

...

Itzayana San Germán Ceceña

Dormí intentando escapar de los recuerdos. Olvidaba que dormida soy presa de mi mente y mi mente cada día es más presa de esos recuerdos.

Saben tanto de mí, tanto, que saben que quiero ser como ellos: fugaz, irrepitable, relativa; acérquense y piérdanme en mí.

Háganme el lugar de los sucesos que algunos hacen llamar vida.



Ilustración por Mar de Agujas



REFLEJOS EN LA ALBERCA

CECILIA DURÁN MENA

EPISODIO 1
EVA, SIEMPRE EN MEDIO

EVA SIEMPRE HA SIDO
PERSEGUIDA POR LA FANTASÍA
HASTA QUE REGRESA A LA
REALIDAD.



ESCANEA EL CÓDIGO Y
SIGUE LA HISTORIA ...



FLOR DE ARAÑUELA

CECILIA DURÁN MENA



UNA IGLESIA, UNA FAMILIA Y UN
PASADO QUE NO DEBE SER
REVELADO.

ESCANEA EL CÓDIGO Y
SIGUE LA HISTORIA ...

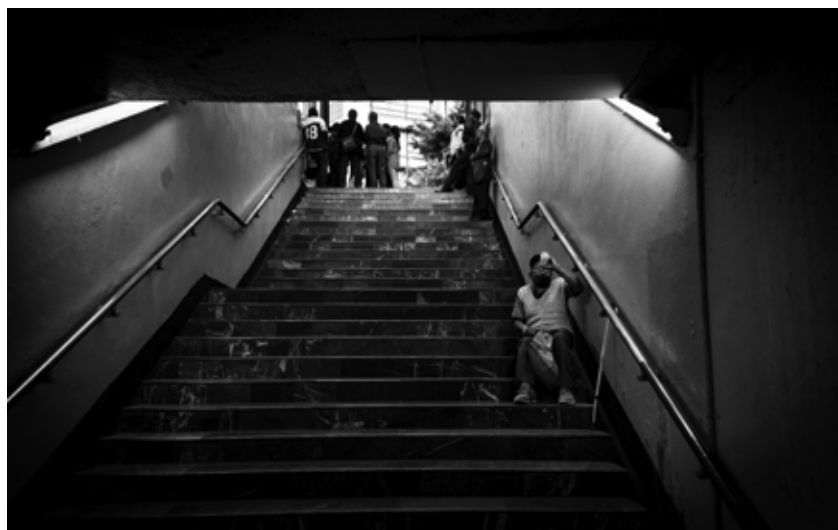




*Saltar de un puente es la sensación
de volver a vivir; Jess MR*
Diego Estevez salto B.A.S.E.



Aprender a vivir, Jess MR
Paracaidista Diego Estevez



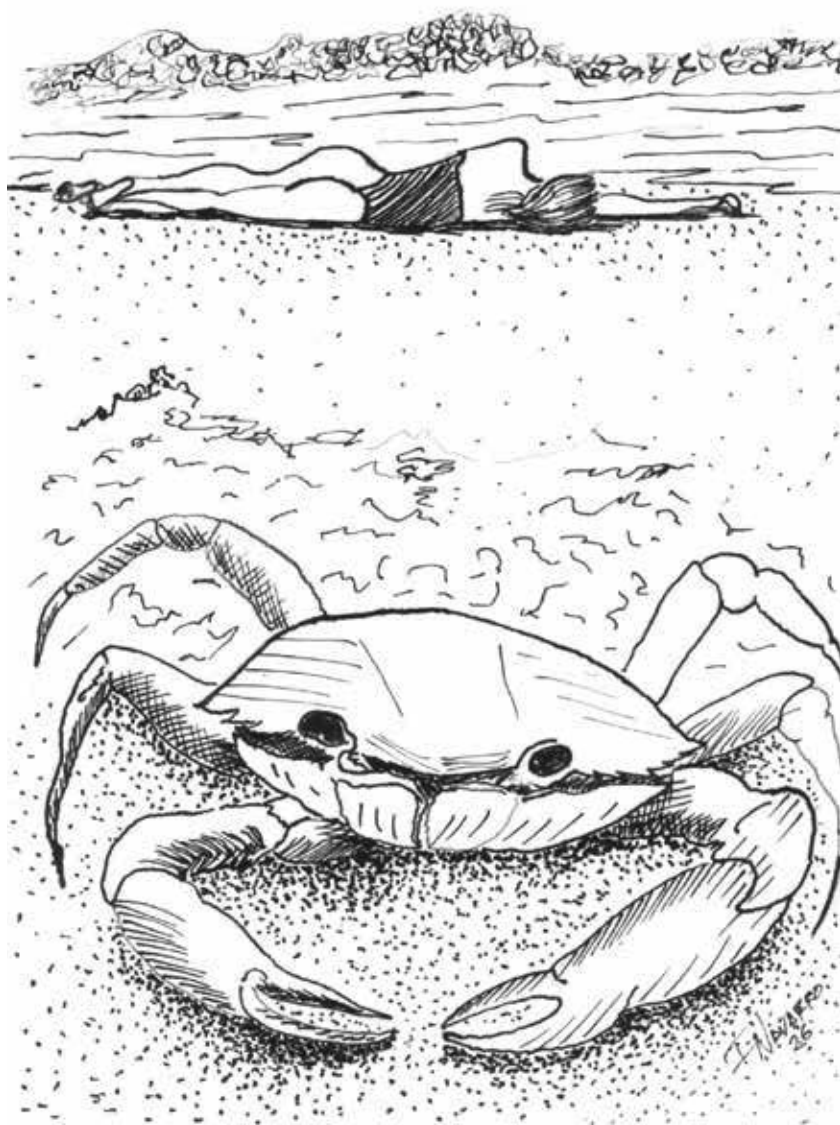
Sin título, Santiago Hoyos



Sin título, Santiago Hoyos



Pistilo de cráter; Itzayana SGC
Estudiantes de 5° año de la licenciatura
en danza contemporánea generación 2020-2025
*Funciones de graduación de la Escuela Nacional
de Danza Clásica y Contemporánea*



Yo no fui, Ignacio Navarro



Escondite al aire, Itzayana SGC



Un buen baño, Reyna Hernández Santiago



En esta vida nos tocó coincidir y ser incondicionales, Jess MR
Mi amigo peludo Coby Revelo



Cucarachas hasta en la sopa, Ignacio Navarro

A lo mejor luego

David Israel Martínez Hernández

¿Valdivia?, ¡Valdivia, ayúdame!, ¡háblame, voltéame a ver! No te quedes mirando pa' allá, como buscando que algo entre por aquella puerta. ¡Valdivia, ayúdame!, quítame este peso que me apachurra el pecho y no me deja respirar. ¿Qué haces?, ¿qué no me oyes? Hasta parece que estás muerto. Llevo horas gritándote, pero na' más no te dignas en voltear. Míranos aquí, como estamos todos encaramados. Desde que aquí nos tiraron no me he podido mover. Tenemos todos los dedos de las manos revueltos como si fueran trenzas y las espaldas azules. Te voy a decir la verda': encima de mí no sé cuánta gente hay, y abajo tampoco, *pos* no puedo mover la cabeza. Mi cuerpo ya no me hace caso. Hace ratito les grité a los de abajo:

—¿No los lastimo?

Y nada que me responden. No me quedé con las ganas y les grité dos veces más:

—¿Que si no los lastimo?, ¡contéstenme, háblenme o de menos muévanse poquito!

Muy a lo lejos de mi espalda escuché: —¡Shhh! —.

Sórdidamente un aire helado llegó hasta el lóbulo de mis orejas, y yo ya no hice más. Me quedé mirando aquí donde estamos. ¿No alcanzas a ver? Méndigo cuartote con sus paredes blancas, hasta parece que están recién encaladas; esas puertotas de metal, bien brillosas y muy limpio todo, aunque el piso que está frente a nosotros está lleno de puras manchas negras. Pero todo lo demás, reluciente. Nunca había estado en un lugar tan limpio como este. Hasta acá llega el olor sofocante del formol.

Aquí estamos, mi buen amigo Valdivia, una montaña de gentes que ni sabemos pa' qué nos trajeron aquí, a este lugar tan helado y con tanto mosquerío quemándose en esas lámparas

azules. Valdivia, desde aquí se mira que en ese rincón hay unos cajonzotes de metal que van desde el piso hasta el techo y se extienden unos diez metros. Corrimos con suerte, porque cuando aquí llegamos nos quisieron aventar ahí adentro, pero uno de los que nos traía cargando le gritó al otro:

—¡Oye, aquí ya no caben, aviéntalos ahí al lado de esos montones!

Y aquí nos echaron... Pero corrimos con suerte, Valdivia; ahí es muy frío, hasta acá llega el rumor de lo helado que ahí está, y pa' acabarla está re-oscuro. ¿Qué?, ¿que ya no se preocupan por nosotros? Y luego, ¿cómo íbamos a ver ahí adentro? O peor tantito, si comenzaba a entumirme, ¿cómo le iba a hacer pa' salir de ahí? Y te lo digo seriamente, Valdivia: como que un día de estos me voy a empezar a entumir y yo no sé cómo me voy a zafar de estas gentes. La verda' es que le estuve dando vueltas al asunto una y otra vez, a todo lo que pasó. Capaz y ya no te acuerdas.

Acuérdate, Valdivia, que ya eran como las tres de la tarde. Estábamos ahí con don Eusebio. Pos ya ves que nos encargó que termináramos la fachada de su casa. Ya solo nos faltaba ponerle estuco a los alféizares y terminar de encanterar el marco de la puerta por fuera, pa' que quedara bien chula, con su cantera rosa y sus alféizares anchos y curvos sosteniendo los ventanales tan grandotes que mandó poner. Tú, como siempre, Valdivia, con la cantera en la mano la estabas pegando pieza por pieza, y yo... mira, la mera verda' es que ya ni me acuerdo qué estaba haciendo, pero de lo que estoy seguro es que andaba re ocupado. No pasó más de un minuto cuando tomaste un pedazo de cantera que antes habías tallado finamente por las esquinas y preparado correctamente pa' pegarlo y que no se cayera en los meses de lluvia, y así no tuviéramos que venir otra vez a ponerlo en su lugar, porque ya ves que ese don Eusebio es muy remilgoso.



A lo lejos se escuchó un suplicar de llantas sobre el pavimento, y nada más. Un silencio nos alcanzó. Seguido de eso, una camionetona de esas que trae la gente ahí entre las calles —“Monstros” les dicen— llegó justo atrasito de ti, cuando se bajaron unos muchachos. ¿Qué digo muchachos, Valdivia? Eran unos niños bien jovencitos, re flacos, con unos tremendos fierrotes que apenas y los podían. Es más, hasta parecía que los fierros los cargaban a ellos. Y la verdad es que me enojé contigo, porque no hiciste nada: ni corriste, ni me volteaste a ver.

Tú seguías con lo tuyo. Yo ni volteé pa' atrás, yo corrí. Uno, dos, tres... contaba y corría más rápido, hasta que comencé a escuchar como si tuviera trompetas por oídos, después un mendigo dolor en las meras corvas y un sabor a alfalfa en el hocico. Fue ahí mero donde ya ni sé, pa' serte sincero, porque a veces como que me acuerdo que corriste más rápido que yo, pero la verdad es que no sé. Ya se me olvidan las cosas, ya es por la edad, mi Valdivia.

Míranos a todos aquí tirados, desalmados, acorralados entre todos estos pedazos de manos y piernas y gentes. Somos un margallate de silencio y suspiros. Pero ¿por qué aquí, Valdivia?, ¿por qué no nos arriman, aunque sea, al sol pa' calentarnos un poquito? O que me lleven a mi casa; ahí mi Jacinta me sabe curar: un caldito de menudencias y estoy como nuevo. Pero ¿por qué aquí?, tan lejos de los míos y de mi Jacinta.

Tú no alcanzas a ver, Valdivia, pero mero enfrente, colgados de las paredes, hay varios cuadros con imágenes de cuerpos partidos por la mitad. ¿Pa' qué quieren cuadros aquí, Valdivia?, ¿quién los va a ver? Todas las gentes que pasan por aquí van como hilacha ardiendo; entran por esa puerta —ahí, esa mera a la que te le quedas viendo— y van a esa otra que está al ladito. Ni nos voltean a ver, pasan derecho.

¿Por qué no nos voltean a ver? Tal vez no nos miran porque no caben con la idea de que esto pasa en las calles que ellos pisan



a cada rato... Pero bueno Valdivia, tú que alcanzas a ver mejor, dime: ¿qué hacen ahí adentro? Yo nada más veo unas mesotas de metal y un montón de focos que apuntan a ellas, como buscando el lugar en donde anida la compasión. Son un chorro de esas mesas y ni se diga de esos focotes. Pero tú ni me hablas y yo quiero saber: ¿por qué es que de repente vienen hasta este montón y agarran a una gente que está encima de mí y se la llevan pa' allá? Ayer miré cómo, de encima de todos nosotros, sacaron a un montón de palomas sin patas y también se las llevaron pa' allá. ¿Qué les harán ahí, Valdivia? na' más se las llevan, pero ya no regresan aquí a acostarse.

La verdad es que yo creo que nos llevan a esas mesotas, nos han de cambiar unas dos o tres piezas, nos dan un buen baño, un cambio de ropa y, como si fuéramos un reloj, nos dan cuerda y listo: nos avientan pa' afuera, pa' que sigamos viviendo. Pa' que sigamos viviendo con el miedo apretándonos el pescuezo, o pa' convertirnos en esas gentes que llenan esta covacha de desesperación. Solo tú sabes qué les hacen, porque de ahí ves bien.

No seas así, amigo mío, Valdivia. ¡Ayúdame!, ¡ayúdame!, ¡levántame! haz algo, que ya no siento ni las piernas ni los brazos, ya no siento ni las fuerzas. ¡Ayúdame!, ¡levántate, mírame!, ¡muévete!, ¡sácanos de aquí!, ¡cárgame!, ¡sácanos, Valdivia!, ¡vámonos! Deja atrás tus sesenta años de eterno artesano y sácanos de aquí. ¡Levántate, Valdivia, ¡te digo!, ya ni sé cuánto rato llevamos aquí y tú ni me ayudas.

¿Sientes eso, Valdivia?, ¿lo sientes? A ti te da mejor porque tienes la cara volteada pa' allá. De seguro sientes todo el aire pegándote en los cachetes. Es viento de lluvia. ¿Lo hueles? La lluvia ha de estar por ahí relinchando sobre las calles secas de este pedazo de tierra. La luz ya no es la misma, el cielo ha de estar encapotado y crujiendo. ¡Ya ves, Valdivia! Un poco más y comenzaba a llover. Íbamos a irnos temprano de con don Eusebio. Tú te ibas pa' tu casa y yo pa' la mía... A lo mejor luego nos veíamos, Jacinta.

Ilustración por Elie

Réquiem Ætérnam Pro Ignoti

Atzin Paredes Linares

El lugar era plano y callado, registrado en mapas. Alguien quería que existiera.

“¡Encontré un cráneo!”, exclamó eufórica Teresa, mientras miraba aquel lúgubre tesoro. Su sistema estaba excitado y el corazón le latía con fuerza. Aun así, no hubo miedo ni huida.

María compartió su emoción. Detrás de ella llegaron más mujeres. Todas ellas tenían su cuerpo lleno de arrugas y cicatrices, y sus manos eran ásperas. Cubrieron sus rostros: sabían a lo que iban.

Húmeros, fémures y fragmentos llenaron el suelo esa tarde de marzo. “¡Aquí hay un altar!”, se oyó desde lejos. La Santa Muerte las esperaba con cera añeja y ofrendas. Aquello estaba vivo, pero no como debería.

Comenzaba a oscurecer. Alguien observó aquella escena desde fuera: mujeres cubiertas del rostro, inclinadas sobre la tierra, murmurando, recogiendo huesos con una tétrica devoción. Por eso llamó a la policía.

Sara murmuraba. “Recuerdo el día que te fuiste. Mírate, no has cambiado nada”. Era la mayor del grupo. Nadie se atrevía a decirle que no era él,

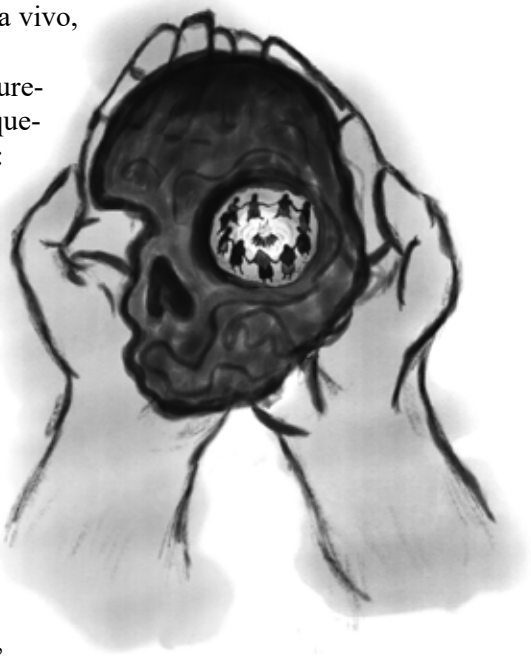


Ilustración por Elie

porque tampoco era nadie. “Te extrañé mucho”, continuó.

“Ya están todos”, dijo Isabel. Era la menor del grupo, y esperaba aprender algo aquella noche. Entonces, encendieron una fogata, y las mayores comenzaron a guiar a las menores: “Réquiem ætérnam dona eis Dómine...”

Sus voces eran débiles al inicio. Después, se volvieron firmes. “Et lux perpétua lúceat eis...”. En ese momento, llegó la policía, pero no se atrevieron a interrumpir aquella escena.

Nadie dio la orden de intervenir. Nadie levantó la voz. Los manuales no les enseñaron cómo lidiar con el dolor de un hijo desaparecido.

“Requiescant in pace...”

Las mujeres cerraron los ojos.

“Amén”.

Viaje redondo

Mayra Murillo



Absorta en pensamientos vanos, a veces turbulentos, transcurren mis eternos viajes de ida y vuelta. Registro el paso de las estaciones. El gris azulado del invierno me permite observar un desfile de carros con ventanillas cerradas y caras enrojecidas por las frías bofetadas de un viento ensombrecido que, aunque tarde despierta, parece anhelar un descanso temprano. En invierno mi repetitivo viaje se vuelve oscuro, de vez en cuando cae una lluvia menuda pero pertinaz. Al alba me voy sin luz de sol y a la tarde regreso sin rastro de calor en mi piel; la calefacción es la única caricia que roza mi cuerpo gélido, gris y rígido. Hoy viajo sola.

En primavera mi camino me da la dicha de un húmedo amanecer, la luz parece aligerar el interminable rodar de mis llantas que van y vienen en una ciudad que emerge hacia una claridad naciente, las ventanas de los vehículos se abren, aunque solo sea para inhalar el aire tóxico de la que una vez fue “la región más transparente del aire”. Un púrpura suave brota en todas partes, las flores comienzan a pintar de color el panorama. Bajo las ballenas de concreto, los pájaros despiertan y su gorjeo

contrasta con el pesado ruido de una ciudad sin descanso; su vuelo suaviza el burdo paisaje urbano. A la tarde disfruto de los sonrosados rostros de los niños que dejan, ventanilla abajo, al aire jugar con sus cabellos; me recuerdan a mis hijos cantando repetitivas rondas en el asiento trasero. Me parece oír risas y peleas de esos críos que crecieron pronto, y abandonaron su conmovedora candidez. Hoy estas escenas parecen vida de otra historia; una lluvia tenaz encharca el entorno. Hoy viajo sola.

El verano pasa ligero. Me voy cuando raya el sol, el tránsito permite rodar la vida con un poco más de rapidez cuando los chiquillos disfrutan de un asueto que la mayoría de las veces los padres resienten. El color jacaranda se extiende ahora sin limitantes; las hojas lavanda desordenan los parabrisas y obligan a usar los limpiadores para abrirse paso a una visión más clara, una ligera lluvia que se apaga pronto me acompaña a cada rato. Apresuro la faena para volver antes que se ponga el sol y volverme espectadora de ese teatro de sombras que se presenta cada tarde en el momento justo del ocaso cuando pequeños autos se reflejan en el concreto, siempre gris, de una ciudad que cruzo a diario. Nadie más parece ver el espectáculo que yo disfruto. Hoy viajo sola.

El otoño irrumpe con el recuerdo de tu temprana muerte, el preludio del invierno es la época del año en que más añoro la compañía de tus silencios, echo de menos tus ojos fijos en la humedad del pavimento gris y destartalado. Extraño el sonido de tu música; las canciones que nos recordaban nuestros primeros días de amor. La lluvia se convierte en un vendaval que azota el ámbar de una naturaleza muerta. El paso del verano al otoño me hunde en una profunda nostalgia. El camino entre el hogar y el trabajo me tiñe de tristeza, pero al mismo tiempo me mantiene viva. Aislada en un mar de autos y personas, extraño tu latido. Hoy viajo sola.

Ilustración por Brenda Terán

Por quién suenan las cazuelas

Myriam Alvarez Pérez

La ciudad había perdido su nombre. A fin de cuentas a nadie le importaba ya lo que allí ocurría porque sus habitantes hacía mucho habían dejado de tributar al desarrollo humano. Sin embargo, lo que había ocurrido aquel día se había vuelto viral y de amplio alcance mediático. La primera página de todos los periódicos resaltaba la noticia en grandes letras, los informativos dedicaban todo su espacio al mismo titular y los vídeos en las redes sociales tenían miles de reproducciones por minuto. En las calles todo el mundo hablaba del suceso, de cómo los niños habían asaltado por sorpresa la ciudad, con aquellos rostros ojerosos por las noches de desvelo y en sus pequeñas manitas llevaban palos, piedras, calderos y cafeteras llenas del tizne que producía cocinar con carbón. Se alzaban por los cuerpos mullidos y el andar desvertebrado de sus padres. El hecho se daba a conocer como “La rebelión de los infantes”, quienes no pedían nada para ellos más que la esperanza del mundo.



Ilustración por Brenda Terán

Cuando el lirio se propaga

Luis Antonio Pulido



Todos los tiempos son del lirio. Por lo menos los tiempos y memorias de esta tierra lo son. También nosotros somos del lirio. Eso es lo que decía la Tita. La Tita que saltaba sobre su único pie y cantaba para curar al lago. La Tita, que desde la amputación se arrastraba como serpiente con los ojos en blanco y trepaba por los árboles imitando el sonido de los grillos. Tita, que en sus últimos días de vida, ya ciega y sorda, se negó a comer porque decía que debía convertirse en un tallo de mangle. Debía secarse como la rama de un Guamúchil.

Una noche negra y húmeda la Tita me llamó desde su cuarto. Ven que se acaba el tiempo, decía. Yo me voy

a morir muy pronto, decía.

En esta tierra descansarán mis huesos sin carne y crecerá un árbol grande de mi pulmón, decía. No te preocupes por la lluvia porque

entre los truenos me escucharás, decía. No te preocupes por la tierra porque en la tierra me esconderé, decía. Te voy a visitar en las noches y no debes tener miedo porque no soy mala. Soy lirio nomás. Como tú y como todos aquí, decía.

Entonces la Tita murió. Lo hizo cuando yo dormía. Un viento helado me despertó y vi a toda la familia, que era poca, reunida alrededor de su cama. Estaba con los ojos abiertos y blancos. Sus manos cruzadas y su pecho hundido. Nadie lloraba porque la Tita les daba miedo. A mis tíos y a mis primos. A mí no me daba miedo la Tita: yo entendía su motivo.

Entonces llevamos el cuerpo seco de la Tita al corral de atrás y la enterramos. Yo tiré unas hojas de buganvilia al pozo porque era su árbol favorito.

Al tiempo comenzó a crecer un Amate en el corral, debajo del cuerpo de la Tita. Las raíces salían de la tierra y subían sus copas hasta las nubes. Cada vez más alto y el tronco más grueso. También empecé a escuchar el sonido de su respiración cansada por la casa. Escuchaba su voz áspera rebotando por los pasillos. En las noches, el sonido de su cuerpo esquelético arrastrándose por la cocina me regresaba la paz que me había quitado su muerte. Una serenidad indescriptible. Yo limpiaba la casa y regaba las plantas. Cortaba el zacate y recogía el cedrón.

Hasta que vinieron ellas: las bolas de fuego.

Mi mamá odiaba a la Tita. Me lo recordaba con sus ojos pasmados y su mueca torcida. Intacta. Es una bruja, decía. Una bruja mala. A mi mamá no le gustaban las ceremonias de la Tita: ella, desnuda frente a la noche absoluta, comiendo la tierra fresca y fértil y rozando los troncos rugosos con su carne arrugada. La sangre brotando de las bestias y la luna altísima y blanca. A mí, en cambio, me apasionaban. Las ceremonias, quiero decir. Me emocionaba ver a la Tita feroz como los gatos, gimiendo y saltando, salivando y agitada por el campo. Los cerros se movían cuando de su boca salía el canto. Canto sanador para un lago angustiado, decía ella. Y las demás venían con sus ropas ligeras que pronto se convertían en viento y polvo. Entonces el agua subía y la humedad te penetraba el cuerpo. Yo, un niño entre la hierba mirando los árboles que se caían. Ellas, ansiosas y

atemporales como el mismo cielo negro. Entonces abandoné a mi mamá porque ni ella ni los otros se atrevían a entender el idioma del cerro. En cambio yo sí: la Tita me lo enseñó. Y aunque mi cuerpo no era apto para las ceremonias porque de mí colgaba una culebra-carne, aprendí a entenderlas y a cuidar de ellas. De las chamanas, quiero decir. De sus cuerpos flacos y su sangre blanca. Y ella me trajo aquí, a su hogar en el que ahora descansa. Debajo de mis pies, entre los zulos. Debajo del Amate este que me arrebata la calma: porque entre las ramas puedo verlas, estáticas y ardientes. Las bolas de fuego se mueven con lentitud, bajan un poco rodeando el tronco de la Tita. En las noches lloran y sus lamentos me despiertan. Llevo dos meses sin dormir. La carne negra debajo de mis ojos me jala los párpados tratando de cerrar. Las bolas de fuego no se van, solo lloran y derraman leche. El cuerpo de la Tita sigue aquí desde hace un siglo, o ayer mismo, o mismo ahora, porque a cada instante está naciendo.

Las bolas de fuego seguirán aquí: o eso me dijo la Tita aquella noche.

Dijeron que es cierto y que no había duda; y hasta escribieron en un papel blanco el número de tu muerte, como si tu muerte se pudiera atrapar de algún modo. Y aunque decían que tu cuerpo descansaba en aquel pozo, nadie podía explicar tus apariciones repentinas. Al tío Chano te le apareciste mientras pescaba: te vio en el fondo del lago, sonriente de oreja a oreja, y después vino un canto intacto y lento que venía de tu cuerpo de fantasma. La tía Martina dice que te vio en la cruz del cerro, escarbando con el hocico como los animales que entregabas en tus ceremonias. La gente del pueblo te ha visto pasear por las faldas del lago con tu ropa de siempre y un aspecto transparente. Dicen que tu cuerpo flota sobre el lago como el lirio y que por más que se esfuercen no pueden verte los pies: algunos dicen que pudieron verlos: que estaban dados la vuelta: que eran patas de alacrán: que tenías una cola de serpiente.

Desde que te fuiste este pueblo se consume. Nadie le canta al lago como tú. Hace meses que no llueve y hace días que el cerro se seca. Y yo evoco a las mujeres de antes y mirada interminable, que descienden del aire como buitres describiendo círculos



sobre tu muerte. Pero solo algunas vienen; solo unas pocas reunidas a mi llamado. Las llamo como tú me enseñaste. Las nombro con el movimiento de las hojas. Las llamo por su segundo nombre, ese que solo ellas y tú y ahora yo conocemos. Ellas vuelan y abren sus alas de garza pero no aterrizan nunca, en este corral que es tu casa. Solo lloran y lloran tu muerte.

Nunca me dijiste nada sobre las bolas de fuego: solo me dijiste que vendrían cuando tú hayas muerto al fin. Me quitan la calma porque su brillo es tan intenso que me arrebata el sueño. Su lamento es tan feroz que me privan de los ruidos de la nada. También el cerro se seca y el lirio se propaga, Tita. Nadie le canta a la tierra como tú.

Hoy vi a una bola de fuego convertirse. Cambiar de forma. Su masa de lumbre se estiró como la carne elástica y entonces se dibujó el cuerpo de una mujer. Larga la espalda y caderas anchas. Pensé que eras tú, pero este cuerpo era joven y lleno de vida. Pronto perdió el brillo propio del fuego; su piel era color roble. Se movía con delicadeza como un venado, esquivando el ramerío de tu cuerpo-árbol. Trepó entonces hasta lo alto del Amate y apenas arriba la vi a los ojos. Tenía ojos de gato, con una marca en medio de las pupilas y los ojos miel bien brillosos. Caminó descalza y desnuda sobre los arroyos callados, entre las

grietas del cerro en donde crece el romero más frágil que arranca el viento cuando pasa.

Dejé de seguirla porque avanzaba rápida y firme entre los guayabos. Movía su boca como cantando y las lombrices se le amontaban a su paso. Cuando regresé a nuestra casa, las bolas de fuego no estaban. Ahora en su lugar, había cientos de cuerpos encima del Amate, como cuervos amontonados en una noche fría. Todas con ojos de gato, desnudas y entregadas a la oscuridad que era constante. Una de ellas se me acercó, caminando en cuatro patas.

No dijo nada: pero al ver el interior carnoso de sus ojos entendí su mensaje. Estabas regresando, Tita.

Una nube vino rápida y gris del sur, y se posó sobre la casa que desde la presencia de las mujeres-gato, más que casa parecía una ruina. El lago, más seco que la piel de los saltamontes, crujía: crujía igual que tu piel de Amate, Tita. Tu cuerpo convertido en árbol se estiraba tanto que los tallos nuevos sacudían la tierra y la regaban por todas partes. Por las noches las raíces del Amate parecían huesos saliendo de la hierba, y cuando el viento movía las hojas, el sonido como un quebradero de tallos secos contaminaba el ambiente. Nunca olvidaré el día en que atrapado por las sombras confundí el cuerpo del Amate con tu aquella carne estirada de vieja, pellejos apenas colgando de tu esqueleto vacío, y el árbol se balanceaba como imitando una caída inminente.

Entonces la nube vino gris e inmensa y yo salí para apreciarla: las mujeres-garza volaban encima de la casa y del Amate. Algunas lloraban y otras reían. Las mujeres-gato cantaban con sus voces mudas: se colgaban como murciélagos sobre las ramas gruesas de tu cuerpo nuevo, y me mostraban sus colmillos de leche y sus lenguas de serpiente. La tierra respiraba, la hierba se hundía y se alzaba como la carne de los volcanes cuando están a punto de explotar. Y entonces la lluvia fue inevitable: un aguacero que nublaba la vista, apenas el brillo de los ojos de las mujeres veía. Entré a nuestra casa que goteaba por las grietas del techo.

Desde la ventana de la cocina podía ver al Amate quebrarse.

Como una semilla vieja se retorció: como tu cuerpo desnutrido y huesudo se arrastraba: como el agua del lago se esparcía. Las raíces del Amate se partían y las mujeres-gato miraban la tierra suelta. El árbol-carne brotaba de leche espesa todo el zacate. Y entonces de los zulos tuyos surgiste como un ave hermosa: eras un zopilote de cuerpo negro y alas largas. Tu rostro también lo vi, nuevo y joven como nunca te había conocido, y cantaste a todas direcciones con tu voz de ballena herida. Retumbaba la casa, y los suelos encharcados por la lluvia que no cesaba tampoco. La lluvia que azotaba sobre todo aquello que era nuestro y de todos.

Las mujeres con los ojos de gato también volaron junto contigo. Volaban y reían. Y en el cielo solo parecían unos velos blancos moverse con el viento y el agua. Volaron después convertidas en fuego, todas juntas como luciérnagas.

Después el cerro se iluminó con sus cuerpos que descendían. La cruz, alta y firme, se mojaba con tu lluvia sanadora.



Ilustraciones por A.T.G.

Te maté

Montserrat López Ramírez

Creo que me tomaron varias estocadas fuertes para romperlo. Escuché el chapoteo de su piel contra mí y, cuando me llené las manos de algo espeso, sentí la boca llena de baba.

Contuve mi arcada ante la mirada de un cuadro viejo; era la cara de mi madre. Con sus ojos cafés juzgándome incluso si había llevado a cabo una atrocidad. Parecía decepcionada por la forma tan poco cuidadosa en la que había ultrajado aquel bulto.

Tomé mis notas, cerré mi cuaderno y volví a mirarlo.

El escritorio estaba lleno de aquel líquido espeso, manchó mis manos, mis papeles del colegio, un par de cartas y mi alma.

Terminé por levantarlo del piso, tomé su cuerpo todavía marcado por mi cuchillo y quise lanzarlo al otro lado de la habitación.

Me pareció que no era suficiente, que algo dentro me faltaba y quizá sí faltaba. Carecía de talento, incluso si lo había destrozado varias veces al día, me sentía insuficiente.

Mi pensamiento fue interrumpido por el tintineo del celular que guardaba en mi bolsillo.

—*Está perfecto.* — Leí con un eco en mi mente.

¿Perfecto?

Regresé mis ojos al escritorio.

Tomé un paño y limpié el líquido espeso, recogí mis notas, mis papeles del colegio y lo que quedaba de mi alma.

El bulto que había asesinado minutos atrás, me esperaba con un rostro de “te lo dije”

Resultó que sí era suficiente y que hacía algo bien después de todo y tras asesinar mi texto con una vieja pluma azul, tacharle las muletillas y poner acentos innecesarios.

Mi editor dijo que estaba perfecto.

Revista *Por escrito* te invita a su
curso de:

APRECIACIÓN LITERARIA



Para más información
escribe a:

contacto@porescrito.org

PALABREJA

Rascuache: adj. De poca clase, pobre, feo, de mala clase. Término popular utilizado en México, Centroamérica y el suroeste de Estados Unidos para describir algo de mala calidad, mal gusto, baja categoría o poco valor. Se usa coloquialmente para referirse de forma despectiva a personas, objetos, lugares o eventos. (Gómez de Silva, Guido, (2001) Diccionario breve de mexicanismos, FCE, México)[Recuperado <https://academia.org.mx/consultas/obras-de-consulta-en-linea/diccionario-breve-de-mexicanismos-de-guido-gomez-de-silva/alphaindex/r/4>]

Rascuache

Cuando mi tía Tolla decía que algo estaba rascuache significaba que eso era chafa, más que chafa, quería decir que ni valía la pena. Si la fiesta estuvo rascuache era que el organizador había sido agarrado; que la comida no había sido buena y la bebida escasa; si un barrio era rascuache, era un barrio de mala muerte; si el vestido de la novia era rascuache es que estuvo confeccionado con tela de mala calidad o peor, con buen material pero con mal gusto. Si un servicio no estaba a la altura de lo que se ofrecía, era rascuache. El grado más grave lo ocupaban las personas que eran rascuaches.

Ser rascuache era ser como un tlacuache chamagoso. Era haber resbalado al inframundo de la clasificación social. Muchos se hacían los que no entendían a cabalidad la expresión de mi tía, yo digo que se hacían guajes. En mi niñez, yo interpretaba la frase de mi tía como parte del arsenal pedagógico que ella tenía y con el cual nos trataba de encausar en los correctos hábitos de la gente de bien. Algo que, como ella repetía con frecuencia, de mucho nos iba a servir cuando llegáramos a grandes. Tenía razón.

El camino para ser rascuache estaba empedrado con muestras de falta de educación, como eructar, hablar con la boca llena, escupir y decir majaderías. Digamos que eso era lo fácil para distinguir si ibas en la dirección correcta o ya te andabas enrascuachando. Ser rascuache es tan fácil, dictaminaba mi tía.

Lo cierto es que cuando mi tía Tolla clasificaba a algo y especialmente a alguien de rascuache, le daba risa. Por eso, era fácil confundirse, porque la sentencia no era pomadosa, era chistosa. No era como una jaqueca punzante ni un juicio flamígero, era como una cosquilla, lo cual alejaba a mi tía de los chiflones de arrogancia y le daba un justo aire de comicidad.

Pero, por si a alguien le quedaban dudas, nos contaba de aquel invitado que mi papá llevaba a comer. Uy, fue hace mucho.

Tú todavía no habías nacido y tu padre estaba estudiando en la universidad. El viejo ese —le decía viejo en forma despreciativa, porque en realidad se trataba de un joven estudiante de licenciatura— se llamaba Gerardo Hernández o Gerardo Fernández. Sí, creo que sí, así se llamaba, ¿vivirá? Se preguntaba mi tía Tolla y aprovechaba para hacer una pausa y aclarar sus recuerdos.

El tal Gerardo era un pelado, bigotudo y vividor, de acuerdo a las versiones de mi tía Tolla. Era un gorrón de quinta ralea. La greña le llegaba casi a las orillas de las orejas —ahí mi tía achicaba los ojos y apretaba la cara— no le daba vergüenza parecer un mulo rejego que trajera las greñas enredadas con cardos y alimañas. Ah, pero eso sí, le gustaba presumir de sus gustos refinados, de exquisiteces servidas en platos de porcelana en mesas dispuestas sobre manteles de lino. Jamás pedía las cosas por favor ni daba las gracias. Ah, pero eso sí, presumía de conocer a gente muy importante, los mencionaba por su nombre y a algunos los mentaba por sus apodos, dando a entender que tenía mucha familiaridad con ellos. Yo estoy segura de que lo hacía por impresionar a los tontos porque no se le veía mucho material para ser amigo de personalidades del *jetset*. Comía de lado a lado y se quejaba de que la comida quedó insípida o muy salada o muy picante. Era muy delicado para comer, cualquier cosa lo enchilaba. Cuando se despedía, dejaba la mano floja y le sentías los dedos rasposos. Tenía una actitud, como si nos mirara desde un pedestal de suficiencia

Poco a poco nos dimos cuenta de que el Gerardo ese era de la gente que tiene el vicio de no pagar nada, de no corresponder las atenciones, de hacer invitaciones diciendo: a ver cuándo vienes a la casa y jamás poner fecha y hora. Siempre entraba a la casa con los brazos caídos, con la sonrisa falsa haciéndose el listillo. Llegaba con tu padre a la hora de la comida y luego se atrevió a venir solo en cualquier momento. Muy sonriente, a la hora del café pedía un pan; a la hora de la botana pedía un tequila, en la noche se sentaba a cenar.

Lo peor fue cuando empezó a visitar todos los días.

Se acomodaba en el sillón de la sala y además de esperar a ser alimentado, procedía a desahogarse durante horas sobre sus problemas, a hablar de las injusticias de las que era víctima, de lo poco valorado que eran sus múltiples talentos— que según mi tía no estaban tan a la vista—. Era un flojo de aquí hasta allá, decía mi tía y abría los brazos en forma de cactus. Claro, era el típico caso del que desprecia lo que no puede conseguir por sí mismo. No cabe duda, en toda casa de valer, siempre cae un rascuache.

Gerardo, igual que todos los rascuaches, tenía gran precisión para llegar a la hora indicada. Como mi tía Tolla ya se la sabía, esa vez preparó una deliciosa salsa para acompañar las exquisitas corundas que tanto le gustaban a su visitante. Mi tía fingiendo gran amabilidad, le sirvió un plato con doble porción. ¿Le pongo salsita? Desde luego, pero, poquita. El rascuache se relamió los bigotes, le dio un mordisco a su corunda. Los ojos se le abrieron como compuertas de un dique, le saltaron las lágrimas y le salió fuego por la nariz. Se puso morado, sudó frío y empezó a toser.

Buscó en forma desesperada alivio en el vaso de agua de jamaica frente a él y se lo empinó de un trago. Enseguida, escupió todo: no era agua, era jabón líquido. Salió de la casa soltando burbujas, sin poder hablar ni respirar. Ay, mi tía. Se moría de risa y hasta se le iba el aire. Me gusta recordarla así, riéndose a todo pulmón. Casi puedo escuchar su voz: de mucho les iba a servir cuando lleguen a grandes. Tenía razón. Parece que Gerardo, el rascuache, no volvió a visitar y a mí me ha servido mucho el rascuachómetro que me enseñó mi queridísima tía.

A woman with wavy hair is shown in a yoga pose, leaning forward with her arms extended. The image is in grayscale and serves as the background for the text.

BODAI
YOGA

Eleva tu práctica

Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Segundo piso.

RESERVA

A través de tu plataforma de preferencia

Fitpass, Gympass, TotalPass

WA: 55 5217 0047

@bodaiyoga



¿QUIERES PUBLICAR?

ENVÍANOS TU PRODUCCIÓN
EN PROSA, VERSO O MATERIAL VISUAL
EN BLANCO Y NEGRO

consulta las bases en
www.porescrito.org/convocatorias

Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Itzayana San Germán Ceceña
itza@porescrito.org

Mesa de Edición y Arbitraje

Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (f)
Andrea Fischer
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Jessica Mares Revelo
jess@porescrito.org

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño
Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada

Riego de sudor,
Itzayana SGC

Radio

Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy

Producción del Programa de Radio

Daniel Nawy Cid

Cuarto de Guerra

Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital

www.porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 7378 8336



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. **Pretextos Literarios Por Escrito** es una revista bimestral. Número sesenta y tres. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Agosto-Septiembre de 2026.**



También estamos en:



55 7378 8336



porescritomx



@PorEscrito_



revista_porescrito



Revista Por Escrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac – Código Libre – Radio C
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

“Quien no lee, a los 70 años habrá vivido una sola vida: ¡la propia! Quien lee habrá vivido 5.000 años: estaba cuando Caín mató a Abel, cuando Renzo se casó con Lucía, cuando Leopardi admiraba el infinito... porque la lectura es la inmortalidad hacia atrás.”

“Por qué los libros prolongan la vida”,
La bustina di Minerva en L'Espresso. 1991.
Umberto Eco



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir